

Antonio Centeno

Simbolismos y alianzas para una revuelta de los cuerpos

Resumen

Para cambiar de manera sustancial las políticas vinculadas a la diversidad funcional es necesario visibilizar esa realidad, problematizarla, desnaturalizarla y politizarla. Resulta imprescindible romper el círculo vicioso dependencia-infantilización: si son “naturalmente” dependientes son como niños, y viceversa, si les vemos como niños es natural que sean dependientes. El artículo recoge tres experiencias que apuntan hacia el cambio de paradigma: *Yes, we fuck!*, un documental sobre sexualidad y diversidad funcional, *Assex*, un grupo de autogestión de asistencia sexual, y *Nexos*, un corto de post-porno queer-crip.

Palabras clave:

Diversidad funcional, asistencia sexual, post-porno tullido, queer-crip, alianzas

Simbolismes i aliances per a un revoltat dels cossos

*Per canviar de manera substancial les polítiques vinculades a la diversitat funcional cal fer visible aquesta realitat, problematitzar-la, desnaturalitzar-la i polititzar-la. Esdevé imprescindible trencar el cercle viciós dependència-infantilització: si són “naturalment” dependents són com infants, i a la inversa, si els veiem com infants és natural que siguin dependents. L'article recull tres experiències que apunten cap al canvi de paradigma: *Yes, we fuck!*, un documental sobre sexualitat i diversitat funcional, *Assex*, un grup d'autogestió d'assistència sexual, i *Nexos*, un curt de post-porno queer-crip.*

Paraules clau: Diversitat funcional, assistència sexual, post-porno tolit, queer-crip, aliances

Symbolism and Alliances for a Revolt of Bodies

*In order to substantially change policies linked to functional diversity it is necessary to make functional diversity visible, problematize it, denature it and politicize it. It is essential to break the vicious cycle of dependency/infantilization: if these people are 'naturally' dependent they are like children, and vice versa: if they are seen as children it is natural that they should be dependent. The article looks at three experiences that point to the required paradigm shift: *Yes, We Fuck!*, a documentary about sexuality and functional diversity; *Assex*, a sexual assistance self-management group, and *Nexos*, a queer crip post-porn short film.*

Keywords: Functional diversity, Sexual care, Post-porn cripple, Queer crip, Alliances

Cómo citar este artículo:

Centeno Ortiz, Antonio (2014).

“Simbolismos y alianzas para una revuelta de los cuerpos”.

Educació Social. Revista d'Intervenció Socioeducativa, 58, p. 101-118



▲ El poder simbólico de la sexualidad

Hace casi treinta años que tengo diversidad funcional. Mi cambio corporal se debió a lo que técnicamente se denomina un “accidente deportivo”. Uno de esos giros inesperados de la vida que se consumó en apenas un segundo. De repente, sólo podía mover la cabeza. Dolor, desconcierto, miedo. Hasta aquí una imagen típica, nada que no estuviese ya sólidamente instalado en el imaginario colectivo por películas como *Mar adentro* o *One million dolar baby*, por ejemplo.

Hoy quiero compartir aquí otras imágenes, igualmente reales, pero a años luz de formar parte de ese mismo imaginario colectivo. Y es que también, desde los primeros días en la UCI y a lo largo de los trece meses de hospitalización, siempre hubo pensamientos sexuales. En el quirófano, en las sesiones de fisioterapia, en la higiene matinal, en las evacuaciones vespertinas, en la silla de ruedas, en la cama articulada, en ayunas, comiendo la bazofia del menú de hospital... siempre. La sexualidad siguió, como acostumbraba, impregnando todo lo cotidiano, interpeándome sobre mi cuerpo y sus vínculos con otros cuerpos, hilando las horas de noches inacabables, atravesándome sin piedad.

Sirva esta introducción para dejar claro que la sexualidad no debería ser “la guinda de un proceso de rehabilitación”, algo que siempre aguarda esperando a que se resuelvan los temas “realmente importantes” o prioritarios: recuperar la funcionalidad del cuerpo, volver a estudiar/trabajar, encontrar una vivienda accesible, etc. La sexualidad es el motor más potente de crecimiento personal, de desarrollo de la propia personalidad y de las relaciones sociales. Como tal, debería ser central y no secundaria en la valoración y evaluación de los apoyos sociales para las personas con diversidad funcional.

La asexuación de las personas con diversidad funcional constituye uno de los pilares del sistema capacitista que las oprime desde tiempos inmemoriales

En mi opinión, esa permanente mala ubicación de la sexualidad al final de la cola no es casual, ni un despiste ni un error de planificación. Obedece a una cierta mirada sobre la diferencia, una mirada que la patologiza para naturalizar su minusvaloración. La asexuación de las personas con diversidad funcional constituye uno de los pilares del sistema capacitista que las oprime desde tiempos inmemoriales. Eliminando o reduciendo a lo anecdótico la sexualidad, el deseo y el placer, resulta más fácil acotar los horizontes vitales de las personas con diversidad funcional a la mera supervivencia, infantilizarles (con la connotación de “individuos dependientes” que eso conlleva), alejarles de cualquier idea sobre el derecho a la plena ciudadanía y, en definitiva, autoconvencerles de que están mal, de que no deberían ser como son, de que deben retirarse de los carriles centrales de todos los procesos sociales, culturales y económicos.

Desde este convencimiento del poder simbólico de la sexualidad para orientar la mirada, los valores y, por tanto, las políticas vinculadas a la diversidad funcional, a lo largo del artículo explicaré mi experiencia en tres proyectos que tienen potencial para contribuir a transformar el imaginario colectivo en la buena dirección: el documental *Yes, we fuck!*, el corto *Nexos* y el grupo de autogestión de asistencia sexual Assex.

A pesar del marco científico que supone esta revista, no esperen encontrar conocimiento académico en las líneas que siguen. Ni mi formación (matemático) ni mi profesión (profesor de matemáticas) me permiten desarrollar un planteamiento acorde a los parámetros de forma y contenido establecidos por la academia. Les invito a contaminarse de esa otra forma de conocimiento, que proviene de la experiencia vital propia.

En mi opinión, ambos saberes, el académico y el vivencial, deben hibridarse cuando abordan cuestiones sociales que no son meramente “técnicas” sino que derivan de dinámicas de opresión sobre la diferencia. Esto se entiende bien cuando hablamos, por ejemplo, del género. No tendría mucho sentido un discurso elaborado exclusivamente por hombres, la brecha con la realidad sería inevitable. Debería resultar igualmente claro en el ámbito de la diversidad funcional. Por supuesto, el alcance de lo que aquí se expondrá es limitado, responde a una experiencia, no aspira a la exhaustividad ni, mucho menos, a establecer verdades inatacables desde las que deducir otros asuntos. La intención es construir un hilo de experiencia de entre los innumerables que han de contribuir a inducir la madeja de una realidad compleja y cambiante.



Ambos saberes, el académico y el vivencial, deben hibridarse cuando abordan cuestiones sociales que no son meramente “técnicas”

Lo urgente y lo importante

Como decía al principio, la sexualidad siempre estuvo (se mantuvo) presente en lo cotidiano desde que adquirí mi tetraplejía. Sin embargo, no fue hasta finales de 2012 que se convirtió en un tema del que me ocupase públicamente como parte de mi activismo social. Cabría preguntarse por qué. Reflexionando sobre ello, encuentro principalmente dos causas; una tiene que ver con el poder biomédico, la otra con las dinámicas del activismo dentro del Movimiento de Vida Independiente.

Por un lado, los médicos me habían augurado un funcionamiento genital desconectado del deseo y alejado de toda posibilidad de sentir o dar placer. Semejante sentencia, en el marco de una heteronorma social profundamente falocéntrica y coitocéntrica y en la cabeza de un adolescente de barrio de los ochenta, equivalía a un destierro de la sexualidad, de mi cuerpo, de mí mismo. Mejor alejarse de algo que conducía al fracaso inevitable, al sufrimiento seguro. Yo no podía acceder por mí mismo a mi cuerpo para explorar, para

conocer, para tener alguna posibilidad de cuestionar el diagnóstico. Y, de entre el ingente ejército de profesionales que colonizaban cada parcela de mi cuerpo y de mis actividades, nadie me ayudó nunca a explorar las posibilidades sexuales de mi nuevo cuerpo. Cuánto bien haría a tanta gente una concepción de la salud más humana y menos pacata.

Por supuesto, alguna vez alguien mencionaba que “había otras maneras de hacer el amor”, sin más concreción, y yo imaginaba que se referían a la triste resignación de limitar el deseo y el placer a los abrazos, a los besos, a esas “cosas menores de gente muy mayor o enferma”. No tenía ninguna referencia, ninguna imagen que me permitiera proyectarme a la infinita riqueza de oportunidades que se abren, para cualquier cuerpo, al sexualizar todas y cada una de sus partes, al erotizar los objetos cotidianos (incluida la silla de ruedas), al descoitocentrar y desfalocentrar las prácticas, al incorporar los juguetes imaginados y por imaginar, o al adentrarse en el magnético universo del BDSM, por ejemplo.

De la mojigatería médico-rehabilitadora me librarón, años más tarde, las putas. Ellas hicieron saltar en pedazos el diagnóstico médico, sabiendo leer mi cuerpo en segundos mejor de lo que ninguna bata blanca había conseguido en años. A partir de ahí, el proceso de ir haciendo las paces con mi materialidad corporal fue lento pero irreversible, y en ese camino la heteronorma patriarcal, coitocéntrica y falocéntrica, se fue resquebrajando cada vez que se presentaba la ocasión, y yo me autoconcedía permiso, para vivir experiencias sin intentar encajar en ningún molde. Las puertas del paraíso estaban abiertas, si bien el camino era desconocido y no se podía contar con ningún mapa, a lo más alguna brújula rudimentaria.

No obstante, pasar de lo personal a lo político en el ámbito de la sexualidad llevó aún más tiempo, como decía antes, debido a las dinámicas propias del activismo en el Movimiento de Vida Independiente, del que vengo formando parte desde finales de 2004. En realidad, no es algo exclusivo de este movimiento social, ocurre en otros y ocurre incluso en la vida cotidiana de casi todo el mundo; lo urgente no deja tiempo para lo importante.

Hablar de “lo urgente” en el Movimiento de Vida Independiente es referirse a personas que están encerradas en instituciones porque no tienen apoyos para levantarse de la cama en su propia casa, o que sobreviven recluidas en el domicilio familiar al amoroso cuidado de sus madres octogenarias, por ejemplo. Poca broma. Es comprensible que la mayor parte del tiempo y las energías se dediquen a conseguir los recursos materiales (asistencia personal, asistencia tecnológica, diseño para todxs, educación inclusiva...) para rescatar esas vidas robadas, para que no se nos vaya el último resuello sin haber conseguido vivir, al menos unos años, en libertad y con dignidad (en divinidad, que diría Javier Romañach, 2009).

En términos de esa lucha política por los apoyos materiales para la vida independiente de las personas con diversidad funcional, desde el Foro de Vida Independiente (mi espacio de militancia) podría considerarse un éxito haber contribuido decisivamente a conseguir que la Ley de autonomía personal de 2006 incluyera la asistencia personal como “derecho subjetivo”. Las últimas comillas tienen que ver con el hecho de que dicha ley fue siempre lo que su nombre popular indicaba, la Ley de dependencia. El PSOE la construyó con arcaicos principios en lo ideológico, con insuperables trampas burocrático-administrativas y con cicatería en los recursos. El PP la demolió sin piedad y sin alternativa alguna, más allá de convertir la autonomía personal en una mercancía y visualizar a las personas con diversidad funcional como una pesada carga para un estado demasiado ocupado en restañar la sangría de una deuda que nunca se generó por atender a la ciudadanía, sino por la insuficiencia de ingresos por vía impositiva, por el fraude fiscal generalizado y por la corrupción desbocada. Lo que fue un éxito acabó con las víctimas agonizando, de rodillas y con sus verdugos señalándoles como culpables de su propio miserable destino.



Entonces, si los recursos materiales son lo urgente, ¿qué es lo importante? La mano invisible, lo que mueve voluntades políticas. Es decir, el poder simbólico; las leyes no escritas que nos dicen a dónde mirar, cómo valorar lo que observamos y cómo actuar en consecuencia. En el ámbito de la diversidad funcional, ese “sentido común” dictado por el capacitismo nos ha enseñado a mirar las diferencias funcionales del individuo, aislado de la comunidad, como deficiencias que naturalizan su disciudadanía, a valorar esa realidad como una tragedia personal despolitizada que lastra “al resto de la sociedad” en su hacendoso sendero hacia un bienestar basado en la “productividad” y, en consecuencia, a ayudarles, ya sea desde la caridad o desde la solidaridad (según el color del ropaje político), siempre y cuando esa generosidad sea agradecida con la cabeza gacha y no entorpezca los engranajes de la gran máquina que avanza inexorable hacia una cierta idea de “progreso” ampliamente compartida desde el “sentido común”.

Si los recursos materiales son lo urgente, ¿qué es lo importante?

No se trata de elegir entre lo urgente y lo importante, entre lo material y lo simbólico. Eso no sería ni posible ni estratégicamente deseable. Se trata de ser conscientes de ambas dimensiones, de conectarlas en la construcción del discurso y en las prácticas. Un avance en lo material que suponga un retroceso en lo simbólico es pan para hoy y hambre para mañana. Una victoria en lo simbólico que tenga un coste en lo material debilita la cohesión de lxs oprimidxs y, por tanto, su potencial de acción política. Pero también al revés, en positivo; por regla general, las mejoras en lo simbólico facilitarán conseguir apoyos materiales y, recíprocamente, las conquistas materiales fomentarán la transformación en lo simbólico. Hay pocos escenarios políticos, económicos y sociales tan caóticos, complejos e interesantes como este de la diversidad funcional.

Hay pocos escenarios políticos, económicos y sociales tan caóticos, complejos e interesantes como este de la diversidad funcional

Un síntoma de la desconexión entre los ejes de lo material y lo simbólico es el tristísimo hecho de que en la España “democrática” de la Constitución del 78 nunca se ha cumplido ninguna gran ley sobre diversidad funcional; la propia Constitución, la Lismi, la Liondau y la Ley de autonomía personal fueron una tras otra viendo como las buenas intenciones de la elevada poesía de sus textos acababa en papel mojado para barnizar el empedrado camino a un infierno social que continua engullendo las vidas de las personas con diversidad funcional desde siempre, no se sabe hasta cuándo, con total impunidad y no poca indolencia por parte de los poderes públicos.

Los textos legales suelen responder más al avanzado entorno social europeo, a la academia e, incluso, a las demandas desde el mundo asociativo y el activista. Sin embargo, el desarrollo reglamentario, presupuestario y su aplicación administrativa se ven más influenciados por los lobbies económicos, los corporativismos profesionales, la burocracia formalista y, sobre todo, por la escasa presión social de quienes son presa de ese poder simbólico que sitúa los horizontes vitales de las personas con diversidad funcional como algo ajeno, poco más allá de la supervivencia, a años luz de la plena participación social que se reserva para “los normales”.

Las capacidades deben ser el efecto del ejercicio de una ciudadanía plena y no un requisito previo para dicho ejercicio

Si intentamos imaginar cómo de imposible hubiese sido aplicar la ley del matrimonio homosexual en la España de los setenta o la ley antitabaco en la de los ochenta, se hace más clara la necesidad de tener, no tanto como una mayoría social que se sienta interpelada y sea favorable al cambio, pero sí al menos una amplia base (¿20%-40%?) en esa predisposición. Imagino, es un pálpito, que las grandes leyes sobre diversidad funcional nunca han encontrado esa masa crítica de población que haya desaprendido y aprendido lo suficiente para mirar las diferencias funcionales como parte de la diversidad humana, para entender que las capacidades no corresponden a individuos aislados sino a ciudadanxs que forman parte de una comunidad y que, por tanto, no estamos ante la tragedia personal de un grupo de desdichadxs sino ante una cuestión política de organización social que nos atañe a todxs. En cualquier caso, las capacidades deben ser el efecto del ejercicio de una ciudadanía plena y no un requisito previo para dicho ejercicio.

Yes, we fuck! Más que un documental

Esta distancia sideral entre lo legislado y lo que ronda por las cabezas de la mayoría de personas sobre la realidad de la diversidad funcional salió a colación el verano de 2012 en una conversación con Raúl de la Morena, documentalista autor –entre otras obras– del documental *Editar una vida* (2005). Dicho documental compara la vida en una institución con la vida independiente. Demoledor. Pero igual de demoledor en 2012 que en 2005. Podría volver a estrenarse y seguiría igual de vigente, a pesar del importante avance legislativo de 2006 (Ley de autonomía personal y Convención sobre los derechos de las personas con discapacidad).

Eso nos hizo pensar que buena parte del bloqueo está en lo no escrito, en un imaginario colectivo que sigue anclado en el pasado, que aún valora la reclusión en instituciones como parte de la solución en lugar de como parte del problema, que aún infantiliza a las personas con diversidad funcional desde la idea de que la biología les hace “naturalmente dependientes”. En semejante escenario sólo cabe alcanzar la dignidad muriéndose (Ramón Sampedro), curándose (Christopher Reeve) o siendo un héroe (Stephen Hawking). Necesitamos construir un relato social de la diversidad funcional mucho más denso, que rellene los infinitos espacios vacíos entre esta triada de realidades minoritarias y extremas.



Por todo ello, parece clara la necesidad de romper el binomio dependencia-infantilización, términos que se retroalimentan generando un círculo vicioso que hasta ahora se ha mostrado resistente a cualquier avance ideológico y legislativo. De aquí nació la idea de hacer un documental sobre sexualidad y diversidad funcional: *Yes, we fuck!* El título, parodia de la famosa campaña electoral que dio la presidencia de EEUU a Obama, es una declaración de intenciones; no se trata tanto de describir didácticamente cierta parcela de realidad como de hacer saltar por los aires ese imaginario colectivo que visualiza a las personas con diversidad funcional como seres asexuales. La estrategia para ello pasa por mostrar historias reales con imágenes explícitas que revelen a las personas con diversidad funcional como seres sexuales y sexuados, como cuerpos deseantes y deseables, que rompan la idea de normalidad y nos interpielen sobre cómo entendemos el deseo, el placer y la belleza. Todo esto en un marco de cotidianidad que ayude a conectar la manera de vivir, la libertad personal y la sexualidad. Uno tiene la intuición de que se folla como se vive y se vive como se folla.

Buena parte del bloqueo está en lo no escrito, en un imaginario colectivo que sigue anclado en el pasado

Unos meses después de ese encuentro clave con Raúl de la Morena, participé en una conversación de ética aplicada sobre sexualidad y diversidad funcional¹. Se trataba de seguir, con profesionales del trabajo social, psicología, educación social, medicina, enfermería, docentes, maestros, investigadores y estudiantes, el proceso de análisis y deliberación sobre el borrador del documento “Diversidad funcional, afectividad y sexualidad: Algunas cuestiones éticas que plantean las relaciones afectivas y sexuales de las personas con diversidad funcional con necesidades de apoyo extenso o generalizado que viven en residencias”, elaborado por el Grupo de reflexión ética aplicada del Consorcio de Servicios Sociales de Barcelona.

Fue un debate intenso y rico, que me hizo plantearme algunas cuestiones:

- a) El borrador apuntaba hacia un documento valiente, muy innovador y con capacidad de estimular el debate público sobre la sexualidad en las residencias.
- b) Es necesario ampliar, profundizar y sistematizar la hasta ahora escasa participación directa en el debate de las personas con diversidad funcional. Nada sobre nosotrxs sin nosotrxs.

- c) A pesar de las buenas intenciones, pervivía un cierto paternalismo (papel de la familia), algún tic institucional (papel de los profesionales) y una sutil naturalización de la asexualidad (no se identificaba como problema el más grave: la falta de demanda de vida sexual, sólo parecía problemática la gestión de la demanda).
- d) El texto rezumaba un constante “querer y no poder”. Pese a proclamar que la residencia debe ser “como el propio hogar del usuario” lo cierto es que la institución colectiviza la intimidad y la cotidianidad, y esto genera una tensión que, si bien se puede mejorar, es irresoluble. Me hizo pensar en la primera escena de *Bailo por dentro*.
- e) En la misma línea del punto anterior, la figura de la incapacitación jurídica choca con las buenas intenciones y hace patente la necesidad de transitar de este sistema de sustitución de la voluntad hacia otro de apoyo a la toma de decisiones.
- f) Más allá del “qué podemos hacer por la sexualidad de las personas con diversidad funcional” hay que enfocar también la cuestión en la dirección contraria: ¿qué puede aportar la realidad de la diversidad funcional a la sexualidad humana en general?

Y con todas estas reflexiones todavía hirviendo en la cabeza, llegó el fenómeno cinematográfico *Las sesiones*. Basada en textos autobiográficos del poeta y periodista Mark O’Brien, narra la historia de cómo un hombre con tetraplejia inicia a los 38 años de edad su vida sexual con el apoyo de una “terapeuta/sustituta sexual”. Como, a pesar de ser práctica habitual en la California de los cincuenta y sesenta, sus padres no quisieron ingresarlo en una residencia, Mark hacía vida independiente con asistencia personal en su casa (¡¡sí, sí, hace cuarenta años ya se practicaba esta alternativa a la institucionalización²!!).

Esto me llevó a completar las reflexiones antes mencionadas con las siguientes consideraciones:

- a) No hay atajos. La única manera de tener una vida sexual plena es teniendo una autopercepción positiva y una vida social rica y compleja. A pesar de vivir en su casa, la barrera de un imaginario colectivo que infantiliza y asexúa a las personas con diversidad funcional había sido interiorizada por Mark de tal manera que rechazaba su cuerpo y no tenía muchas relaciones personales.
- b) La medicalización de la vida en general y de la sexualidad en particular es un mal camino. Derecho a la salud sí, reducir la persona a la condición de paciente y convertir su vida en un tratamiento, no. Las causas de la exclusión sexual de las personas con diversidad funcional son sociales. Cheryl, la asistente/sustituta sexual, se ve desbordada por una realidad que no es médica ni medicalizable.
- c) Hacer vida independiente autogestionando asistencia no garantiza una vida sexual plena, pero da oportunidades y posibilidades³. El proceso de crecimiento personal y de autoaprendizaje de Mark a la hora de relacionarse con sus asistentes y con otras personas resulta ilustrativo.

- d) La figura del asistente sexual puede ser un apoyo fundamental para el bienestar físico y emocional de las personas que no tienen acceso a su propio cuerpo y no se pueden masturbar por ellas mismas. Se debe regular y garantizar como derecho
- e) En todo lo que va más allá de las tareas de masturbar a quien no puede hacerlo por sí mismo y/o facilitar las relaciones sexuales con otras personas⁴, el debate sobre la asistencia sexual está abierto. En mi opinión, se debería incorporar al debate general sobre la prostitución.
- f) Quien sea favorable a la regulación de la prostitución puede encontrar en el ámbito de la diversidad funcional argumentos y experiencias de sus beneficios extensibles al conjunto de la población. Quien esté por la abolición de la prostitución, puede incorporar la realidad de la diversidad funcional al proceso de construir una sexualidad humana general suficientemente rica y positivamente apreciadora de la diferencia como para eliminar la demanda de servicios sexuales más allá de la represión policial.



La sexualidad, como expresión intensa de la vida, pone de manifiesto el carácter “ptolemaico” de figuras más pensadas para sobrevivir que para vivir y que asumen el sacrificio de la libertad en nombre de una cierta idea de la protección, como las residencias y la incapacitación jurídica. El giro copernicano que necesitamos en el imaginario colectivo de la realidad de la diversidad funcional nos llevará a una sociedad más humana y más justa para el conjunto de la población. Es un camino largo, complejo y apasionante, pero de momento, si usted –a diferencia de quien escribe estas líneas– aún no tiene diversidad funcional, quédese con una idea muy simple: *yes, we fuck!*



YES, WE FUCK!

Todo este conjunto de reflexiones suscitadas por la conversación de ética aplicada y por *Las sesiones* se tradujo en un artículo que publiqué en Social.cat (Centeno, 2013). En menos de dos días el texto ya tenía más visitas que el artículo hasta entonces más leído, que llevaba casi dos años colgado. Esta fue la gota que colmó el vaso, lo urgente ya no pudo contener más a lo importante, de manera que Raúl de la Morena y yo nos conjuramos para

poner en marcha el documental alrededor de un primer gui3n y una p3gina de Facebook que luego fueron cambiando y creciendo. De hecho, la p3gina de Facebook fue censurada y clausurada, pero gracias al entusiasmo de la gente que iba conociendo el proyecto no result3 dif3cil abrir otra y recuperar seguidorxs. La censura tambi3n alcanz3 a los canales de Youtube, Vimeo y Dailymotion, a la cuenta de correo de Gmail y a Flickr. Un s3ntoma m3s de lo mal resuelto que est3 el tema del cuerpo y la sexualidad en general.

En el momento de escribir estas l3neas, tenemos grabadas y editadas cinco de las seis historias que compondr3n el documental. Con un poco de suerte, a pesar del inamovible presupuesto cero, a finales de 2014 o principios de 2015 el proyecto estar3 listo para saltar a las pantallas. M3s all3 del resultado final, el proceso de elaboraci3n est3 siendo muy rico desde el punto de vista del activismo social. En el “we” del t3tulo nos hemos ido identificando y encontrando diferentes grupos que compartimos el hacer trabajo pol3tico sobre y desde el cuerpo (feminismos, transfeminismos, queer, diversidad funcional, activismo gordx...). Y el “fuck” se ha ido complejizando desde la voluntad no de encajar en la norma sino de demolerla y hacer una aportaci3n valiosa a la necesaria transformaci3n de la conceptualizaci3n y vivencia de la sexualidad humana en general.

Assex. La autogesti3n de la asistencia sexual

Mencionaba antes c3mo la pel3cula “Las sesiones” situ3 el tema de la asistencia sexual en el debate p3blico, con un alcance hasta entonces nunca conseguido. A m3 me hubiese ido bien que ocurriese 30 a3os antes. As3 habr3a tenido alguna posibilidad de aliviar la ansiedad de las noches eternas en el hospital. Sin duda, hubiese hecho m3s f3cil una adolescencia en la que mi madre era la 3nica persona que prove3a de cuidados a mi cuerpo. A3n hoy en d3a, superados los 40, viviendo de manera independiente con asistencia personal y disfrutando de una vida sexual rica y satisfactoria, me ir3 bien todo lo que avancemos en contar con apoyos para poder disfrutar del autoerotismo con libertad de vez en cuando.

La asistencia sexual para personas con diversidad funcional es algo que a3n est3 por definir, tanto discursivamente como en las pr3cticas

Sin embargo, la asistencia sexual para personas con diversidad funcional es algo que a3n est3 por definir, tanto discursivamente como en las pr3cticas. Ser3 doblemente importante acertar con el enfoque que se haga de esta figura; por un lado, se trata de un apoyo fundamental para ejercer el derecho al propio cuerpo y, por otro lado, conlleva una carga simb3lica muy potente sobre c3mo pensamos la sexualidad de las personas con diversidad funcional. En lo que sigue, propondr3 algunos elementos a tener en cuenta en lo que deber3a ser un proceso colectivo que lleve a un consenso s3lido sobre qu3 entendemos por asistencia sexual y c3mo articularlo en la pr3ctica.

Deberíamos asumir, por inevitable y por deseable, un desarrollo caótico de discurso y práctica. Ambos elementos estarán siempre en construcción y permanentemente inacabados, única forma de que conserven la capacidad de adaptarse a la complejidad sin límite de las relaciones humanas y a los marcos culturales y sociopolíticos que las sustentan en cada lugar y momento. Lo que sí resulta fundamental es que teoría y práctica estén conectadas en forma de un círculo virtuoso que las retroalmente recíprocamente. Basta de pericia que determina verdades desde la no experiencia, basta de experiencias reactivas que ante las urgencias cotidianas desprecian el filtro de la reflexión colectiva. Hagamos pensando y pensemos haciendo.



La propuesta teórica que planteo es que la asistencia sexual para personas con diversidad funcional sea el espacio de intersección de la asistencia personal (materializa el derecho al acceso al propio cuerpo) y del trabajo sexual (se obtiene placer sexual a cambio de dinero). Si lo entendemos de esta manera, las funciones del asistente sexual serían ayudar a la persona con diversidad funcional antes, durante y/o después de las prácticas sexuales con otras personas en todo lo que no pueda hacer sin apoyo (higiene, posturas, anticoncepción...), así como masturbar a la persona con diversidad funcional en caso de que no pueda hacerlo por sí misma. Nótese que en esta propuesta el asistente sexual no realiza prácticas sexuales con la persona con diversidad funcional, excepto masturbarle.

¿Por qué hasta aquí? Porque hasta aquí llega la materialización del derecho al acceso al propio cuerpo, éstas son las acciones que la persona con diversidad funcional podría hacer por sí misma en ausencia de diferencias funcionales. Nadie hace un coito o sexo oral consigo mismx. Ni las personas con diversidad funcional ni nadie tiene derecho al acceso a otros cuerpos. No existe el derecho a la felación, ni al coito ni a ninguna práctica sexual sobre otros cuerpos. A los otros cuerpos se accede por acuerdo, no por derecho.

Entonces, ¿cómo garantizar que las personas con diversidad funcional disfruten de una sexualidad que incluya el acceso a otros cuerpos? No se garantiza, como ocurre con el resto de personas. Si entendemos que a los otros cuerpos se accede por acuerdo y no por derecho, debemos asumir que sólo podemos aspirar a crear condiciones favorables y a tener los apoyos necesarios⁵ para que estos acuerdos libres, ya sean por deseo, por amor o por dinero, se desarrollen de manera acorde con el marco cultural y social donde deben tener lugar. No hay atajos, para tener una vida sexual rica y plena es necesario tener una vida rica y plena. Y viceversa.

Las condiciones favorables referidas son bien conocidas: un diseño para todos de los entornos urbanos, especialmente del transporte y la vivienda, que permita la libre circulación y participación de las personas con diversidad funcional, una escuela inclusiva⁶ (Centeno, 2012) que socialice las diferencias como valor desde el primer momento, asistencia personal y tecnológica⁷

(Centeno) para desarrollar las tareas cotidianas con libertad, ingresos económicos suficientes derivados de un mercado laboral inclusivo y de una renta básica de ciudadanía, etc. Todos estos elementos, considerados en conjunto, son un muro infranqueable en el fugaz tiempo de una vida humana. Por tanto, debe ser un horizonte no individual sino colectivo, que lejos de paralizarnos (pueden reír) sirva para movilizar y avanzar, exigiendo ritmos de cambio de escala humana y no geológicos o históricos.

Deberíamos dejar de lado discursos como “la realidad es que hay personas con diversidad funcional que no follarán nunca, porque la gente tiene prejuicios, porque no pueden ligar en los bares, y no podemos esperar a cambiarlo todo”. La realidad se transforma. Y, efectivamente, no podemos esperar, pero tampoco tomar atajos que validen y refuercen los estereotipos sobre las personas con diversidad funcional. Intentemos no tirar piedras sobre nuestro propio tejado.

También deberíamos tener cuidado con no aceptar y perpetuar el estigma sobre las personas que realizan trabajo sexual. Muchas de las propuestas sobre la figura del asistente sexual implican el acceso de las personas con diversidad a otros cuerpos para obtener placer sexual a cambio de dinero, pero sin aceptar que eso es trabajo sexual. Los motivos para no aceptar tal evidencia son que estos acuerdos se consideran algo terapéutico y/o voluntarismo solidario. Todo ello refuerza los estigmas sobre las personas con diversidad funcional (vidas convertidas en tratamientos médicos, cuerpos no deseables) y sobre las personas que realizan trabajo sexual (no se las debe reconocer socialmente, han de avergonzarse y esconderse). Parece obvio que estas prácticas constituyen trabajo sexual, hay que dejar de lado el tacticismo de la victimización estratégica y luchar conjuntamente para que sean prácticas inclusivas, se reconozcan derechos laborales y pericia en el conocimiento a quienes las realizan. Sin guetos “para gente especial”, sin estigmas. A diferencia de la asistencia sexual, el acceso al trabajo sexual general no es un derecho, sino un acuerdo entre personas libres.

Se trata de dar apoyos para la toma de decisiones, no de substituir la voluntad de la persona Por supuesto, no se debe perder de vista que la necesidad de apoyos de la persona con diversidad funcional puede estar vinculada a la movilidad (diversidad física) o a la toma de decisiones (diversidad intelectual o mental). En cuestiones físicas, la mano del asistente suplente a la mano de la persona asistida, en las intelectuales/mentales puede que también sea necesario o puede bastar con ayudar a utilizar las propias. En cualquier caso, se trata de dar apoyos (a cada cual como sea menester) para la toma de decisiones, no de substituir la voluntad de la persona.

A veces, esta complejidad se utiliza para argumentar que es necesaria una formación “especial” para poder ser asistente sexual, que este conocimiento está en manos de personas expertas que no hacen trabajo sexual, y que esta pericia desde la no experiencia confiere el poder de decidir quién puede tra-

bajar de asistente sexual y quién no. El lema “nada sobre nosotrxs sin nosotrxs” es bien conocido entre las personas con diversidad funcional, y debería hacerse extensivo a quienes hacen asistencia sexual. La formación debe ser un derecho de las personas trabajadoras y de quien recibe el servicio, no una obligación que restringe la libertad para decidir quién toca tu cuerpo. Ha de estar a disposición de quien la quiera, no imponerla como un filtro que, además de ineficaz, limita el derecho a acceder al propio cuerpo. Esto mismo, referido a la formación en asistencia personal, ya lo hemos aprendido hace tiempo en el Movimiento de Vida Independiente.



Toda propuesta teórica debe ir acompañada de su articulación efectiva concreta. La propuesta teórica de que la asistencia sexual sea el espacio de intersección de la asistencia personal y del trabajo sexual debe llevarse a la práctica creando pequeños grupos autogestionados y horizontales de personas con diversidad funcional que necesiten asistencia sexual, personas que realizan trabajo sexual y personas que hacen asistencia personal. Puede haber más, pero estas tres patas deben estar presentes. La idea es que los diferentes grupos lleguen a establecer una comunicación estable entre sí para contrastar y enriquecer discursos y prácticas, no con ánimo homogenizador, sino diversificador. La asistencia sexual es un derecho, la sexualidad libre y diversa⁸, un tesoro (Peirano).

Con todos estos convencimientos y la sugerente tibieza de los aires de marzo, la pasada primavera intentamos poner en marcha un pequeño grupo para autogestionar asistencia sexual: Assex. Sin presupuesto, sin local, sin jerarquías, sin vergüenza. Unas diez personas, provenientes del activismo queer, del trabajo sexual, de la asistencia personal y de la diversidad funcional. Hicimos varias reuniones presenciales, además de la profusa comunicación telemática, y llegaron a acordarse algunos servicios. Ha sido, o está siendo, una experiencia modesta cuantitativamente y con muchas dificultades para mantenerse estable, pero cualitativamente interesante, sobre todo por el potencial que supone combinar prácticas y reflexión colectiva de cara a que ambas dimensiones lleguen a retroalimentarse y enriquecerse recíprocamente.

Muy sintéticamente, algunas reflexiones que han ido surgiendo y que habrá que seguir trabajando:

- Apenas hay mujeres con diversidad funcional que hayan mostrado interés en participar en Assex y/o recibir servicios de asistencia sexual. Puede que se trate de una dificultad propia de la intersección de las opresiones de género y diversidad funcional. También podría deberse a que la definición de asistencia sexual se ha trabajado casi exclusivamente desde la experiencia de activistas hombres y quizás no responde bien a las necesidades/inquietudes/preferencias de las mujeres. Ambas posibles causas son graves para seguir desarrollando el modelo, habrá que afinar el análisis e intentar estrategias de desbloqueo.

- Hay mucha más demanda de trabajo sexual “clásico” (coito, sexo oral, etc.) que de asistencia sexual. Esto no es en sí un problema, siempre y cuando tanto profesionales como clientes tengan clara la diferencia y se sea consciente en cada momento de lo que se solicita y de lo que se ofrece. Si hay confusión es fácil que mucha gente diga “asistencia sexual” cuando quiere decir “trabajo sexual”, bien por desconocimiento o bien por un posicionamiento estratégico. En cualquier caso, eso reforzaría el estigma de quienes hacen trabajo sexual y dificultaría el desarrollo de la nueva figura.
- Masturbar a alguien o ayudarle a mantener relaciones sexuales con otra persona tiene una carga erótica importante. Las sensaciones y las emociones pueden ser intensas, eso dificulta la gestión del vínculo y la delimitación de las expectativas. Como todxs estamos fuera de guión, y deserotizar la asistencia sexual no parece ni posible ni deseable, habrá que seguir aprendiendo, poniendo en común, compartiendo estrategias y pautas para facilitar los pactos y una buena armonía entre asistentes y asistidxs.
- Es importante contar con espacios apropiados para las reuniones del grupo y para los servicios de asistencia sexual, que permitan preservar la intimidad y la seguridad. Esta carencia ha dificultado bastante el desarrollo del proyecto. Muchas personas con diversidad funcional se ven forzadas a vivir en casa de sus padres o en instituciones, por la falta de apoyos para hacer vida independiente, y en esos espacios la intimidad brilla por su ausencia. El contar con un grupo de autogestión de asistencia sexual consolidado parece la mejor vía para poder llegar a asumir los costes de la logística necesaria.
- Vinculado con el punto anterior, hay un problema económico de fondo; la exclusión del sistema educativo y del mundo laboral, junto a un sistema de pensiones raquítico, hacen que las rentas de las personas con diversidad funcional sean, en media, inferiores a las del resto de la población. Esto dificulta acordar precios que satisfagan a ambas partes, así como sufragar los costes de logística mencionados. Una vez más, vuelve a ser clave distinguir entre asistencia sexual y trabajo sexual general, porque entendiendo la primera como herramienta para materializar el derecho al propio cuerpo es posible (difícil, como con todo reconocimiento de derechos, pero posible) que a medio/largo plazo se pueda conseguir que los poderes públicos asuman su responsabilidad en financiar estos apoyos.

Nexos. El post-porno y las alianzas queer-crip

Es bien sabido que el porno resulta uno de los dispositivos más poderosos para establecer socialmente cómo debe ser vivida la sexualidad, cuáles son los cuerpos, las prácticas, los deseos y los placeres legítimos. Sí, para usted que no ve porno, también. El imaginario construido desde la pornografía es machista, racista y capacitista, entre otras *lindeces*. Como reacción ante una máquina de creación de subjetividad tan potente y nefasta surgió desde el activismo queer el post-porno; una reapropiación del lenguaje visual del porno para mostrar otros cuerpos, prácticas y deseos desde el transfeminismo, descoitocentrando, desfalocentrando, hablando en primera persona, construyendo otras representaciones de la sexualidad. Vaya, una herramienta perfecta para impulsar el cambio de mirada sobre la sexualidad de las personas con diversidad funcional.



Mostrar otros cuerpos, prácticas y deseos

La oportunidad de empezar a utilizar este instrumento para la transformación social surgió a raíz de un taller de post-porno y diversidad funcional que el colectivo Post-op montó para el documental *Yes, we fuck!* Lxs organizadorxs de “La muestra marrana” (uno de los certámenes de post-porno más importantes del mundo, con base en Barcelona) me propusieron colaborar con Elena Urko (de Post-op) en la coordinación de una sección de post-porno tullido para la edición de 2014. Acepté entre excitado, contento y atemorizado. En efecto, tras una exhaustiva búsqueda, apenas encontramos material apropiado para el festival. Por supuesto, hay abundancia de películas porno en las que aparecen personas con diversidad funcional, pero siempre como objetos al servicio del deseo y el placer de personas sin diversidad funcional. Vamos, al estilo del porno “lésbico” hecho por hombres heterosexuales.

Si queríamos un material con carga política, en el que las personas con diversidad funcional fuésemos sujetos enunciantes de nuestros propios deseos y placeres, no había más alternativa que devenir guionistas, directorxs e intérpretes de una nueva película. Y así nació *Nexos*, un corto de post-porno tullido compuesto por tres historias que se estrenó en “La muestra marrana”. Desde entonces, se ha exhibido un par de veces más en Barcelona, y luego en Zaragoza, Sevilla, Iruña y Ginebra, siempre con muy buena acogida.

Resignificar desde los cuerpos abyectos sexualizando lo médico (silla de ruedas, sars⁹, colector de orina, plataforma elevadora...), lo cotidiano (comprar en un súper, tomar algo en un bar, la asistencia personal, la comida...) o el espacio público (baño “adaptado”, calle...) es algo que ha conectado con muchas personas, tengan diversidad funcional o no. Una pequeña muestra del potencial que tiene incorporar toda la diversidad humana a la concepción de la sexualidad, de la belleza y del placer. Si las personas con diversidad funcional debemos ser parte de la sexualidad humana que sea para trans-

formarla, para hacerla más rica y mejor para todxs, no simplemente para intentar encajar reproduciendo un modelo heteropatriarcal y capacitista que ya sabemos desde hace tiempo que ni funciona ni tiene arreglo.

Un pase de *Nexos* siempre va acompañado de una charla sobre el contexto social que le da sentido; el proceso de alianzas entre grupos que trabajan políticamente desde los cuerpos y para los cuerpos, desde un enfoque disidente que pone en valor la diferencia como arma contra la normalización, la medicalización y, en general, contra las relaciones de dominación. Ahí nos estamos encontrando activistas de la diversidad funcional, gordxs, transfeministas, queer... En la parada de lxs monstruxs se cuece una revuelta. La pontencialidad radica en que no se trata de alianzas tacticistas que busquen su fuerza en lo cuantitativo, son alianzas por afinidad en los discursos, en las experiencias de vida.

En Barcelona, los primeros contactos para tejer estas alianzas surgieron en el marco del taller sobre post-porno y diversidad funcional¹⁰ que fue grabado para formar parte del documental *Yes, we fuck*. Andrea García-Santesmases (socióloga, antropóloga y colaboradora en el proyecto) nos puso en contacto con Diana J. Torres, a raíz de haber leído el capítulo sobre niñxs e incapaces de su libro *Pornoterrorismo*. A su vez, Diana nos condujo hasta Post-op, y a partir de aquí se dieron experiencias de confluencia como el mencionado taller, *Nexos*, *Pornortopedia* o los *Picnics mutantes*. También en la VII y VIII Marchas por la visibilidad de la diversidad funcional se pudo empezar a apreciar el potencial político de los cuerpos en rebelión, pero casi todo está por hacer. Debemos construir espacios y dinámicas para compartir debate político, fiesta, sexo, hermandad... vida. Esta revolución será sexy o no será.

Es importante entender que actos como las Marchas por la visibilidad de la diversidad funcional intentan generar un orgullo identitario no para aislarse del mundo, sino para tener un posicionamiento político desde el que unirse a otras causas y llegar a disolver todas las identidades grupales en una sola lucha. Lógicamente, el orgullo no proviene de pensarse mejor o con más méritos que cualquier otrx, sino de la conciencia de saberse real, expresión intensa de la rica diversidad humana. Es sorprendente y destacable que, en sólo siete años, esta construcción identitaria colectiva haya empezado a encontrar alianzas con otros movimientos políticos¹¹ (Felker) que intentan liberar a los cuerpos de la opresión normalizadora (feminismos, transfeminismo, LGBT...). La conexión entre estas luchas tiene un potencial de transformación social, cultural y política que se puede considerar una auténtica revolución de los cuerpos, en el sentido apuntado por Beatriz (Beto) Preciado¹² al hablar de “revolución somatopolítica” o por Raquel (Lucas) Platero¹³ al conectar los conceptos queer y crip.

Para finalizar, me gustaría compartir aquí una anécdota personal relacionada con algunas ideas clave que han surgido a lo largo del artículo. Fui profesor de matemáticas, en educación secundaria, durante doce años. En una

ocasión, acabada ya la clase y con el aula vacía, se me acercó un alumno de cuarto de ESO y con sonrisa pícaro me preguntó: “profe, pero tú f...?”, acompañando la frase con un gesto del brazo que no dejaba lugar a dudas sobre el verbo que he omitido en los puntos suspensivos. Me escapé por la tangente, con algo así como “no te hagas ilusiones, si quieres aprobar tendrás que estudiar, nada de atajos”. Se rió y no insistió en la pregunta, pero mientras se iba decía “que sí, que sí, que estoy seguro que sí...”.

Quedé algo aturdido, no acababa de entender cómo había transitado de los polinomios a semejante interpelación, pero no le di mayor importancia. Luego, con el tiempo, comprendí que ese interrogante siempre estaba presente. Da igual estar demostrando un teorema de trigonometría, que dando una conferencia sobre derechos humanos o escribiendo este interminable artículo. En la cabeza de la gente, como ahora en la suya, siempre bullen preguntas del estilo “¿seguro que folla?, ¿y cómo?, ¿y con quién?, ¿y qué siente?, ¿y qué siente la otra persona?”. Ha llegado el tiempo de dejar de esquivar esas preguntas. Y también, desde el otro lado, de no verbalizarlas, de pensar que son inapropiadas, de no llevar la curiosidad más allá de un pensamiento fugaz que nos ruboriza. Ahora toca, quizás más que nunca, que lo personal sea político. *Yes, we fuck!*, *Nexos* y *Assex* son ejemplos de cómo las personas con diversidad funcional hemos empezado a dejar de escaparnos por la tangente y a contestar la pregunta políticamente, colectivamente. Si usted es de lxs que está al otro lado y es capaz de imaginar que lo subversivo resulte sexy y lo sexy subversivo ¿qué piensa hacer?



Si usted es de lxs que está al otro lado y es capaz de imaginar que lo subversivo resulte sexy y lo sexy subversivo ¿qué piensa hacer?

Antonio Centeno Ortiz
Activista del Movimiento de Vida Independiente
antonio.centeno@gmail.com

Bibliografía

Centeno, A. (2012). *L'educació inclusiva i la diversitat funcional*. <http://www.social.cat/opinio/2700/leducacio-inclusiva-i-la-diversitat-funcional>

Centeno, A. (2013). *Sexualitat i diversitat funcional (yes, we fuck)*. <http://www.social.cat/opinio/3298/sexualitat-i-diversitat-funcional-yes-we-fuck>

Centeno, A. *Desinstitucionalización de las personas con diversidad funcional, una cuestión de derechos humanos*. <http://www.derechoshumanosya.org/node/1083>

Felker, A. *Ni discapacitados ni enfermos, cuerpos deseantes*. <http://www.marcha.org.ar/index.php/elmundo/106-europa/4295-ni-discapacitados-ni-enfermos-cuerpos-deseantes>

FVIyDIVERTAD. “Almas con sexo” <https://www.youtube.com/watch?v=FOK9aFDG7IU>

Romañach, Cabrero, J. (2009). *Bioètica al otro lado del espejo*. Diversitas Ediciones. Disponible en url: <http://www.asoc-ies.org/diversitas/bioetica-tras.html>

Peirano, S. <http://sexualidadespecial.blogspot.com.es/?zx=deced6afcd55afdb>

-
- 1 Véase: http://dixit.gencat.cat/web/.content/home/02actualitat/01_noticies/2012/links/conversa_sexualitat_discap_dixit_girona.pdf
 - 2 Para más información, véase: <http://www.derechoshumanosya.org/node/1083>
 - 3 Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=FOK9aFDG7IU>
 - 4 Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=HP7ltOCZrOA&feature=youtu.be>
 - 5 Véase: <http://www.social.cat/opinio/2880/glossari-per-a-la-vida-independent-de-les-persones-amb-diversitat-funcional>
 - 6 Véase: <http://www.social.cat/opinio/2700/educacio-inclusiva-i-la-diversitat-funcional>
 - 7 Véase: <http://www.social.cat/opinio/2428/desintitucionalitzacio-de-les-persones-amb-diversitat-funcional-una-questio-de-drets-human>
 - 8 Véase: <http://sexualidadespecial.blogspot.com.es/?zx=53128de19995d9a3>
 - 9 Acrónimo inglés de un sistema para controlar la incontinencia de esfínteres.
 - 10 Véase: <http://vimeo.com/70838857>
 - 11 Véase: <http://www.marcha.org.ar/index.php/elmundo/106-europa/4295-ni-discapacitados-ni-enfermos-cuerpos-deseantes>
 - 12 Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=JBNnfYmgaaY&feature=youtu.be>
 - 13 Véase: <http://vimeo.com/23475273>
-